

vierno, que en el Japon es rigidísimo, fué conducido el santo escuadron de confesores, primero á Ozaca y luego á Nangasaki, lugar designado para su suplicio, empleando en esa penosa y larga travesía treinta dias, que fueron otros tantos de un continuo martirio.

Una vez llegados al lugar de la ejecucion, que fué la colina misma de que tantas veces se ha hecho mencion en la historia de los doscientos cinco mártires, San Felipe de Jesus, imitando el ejemplo de San Andrés Apóstol, se acercó y besó el santo madero de la cruz, de cuyos brazos se prometia ser recibido en los del que muriendo en ella nos redimió. Las cruces que sirven de patibulo en el Japon, se diferencian algo de las que conocemos, pues tienen además de los brazos grandes, en que se afirman las manos, otro pequeño atravesano y una estaca ó fuste; aquel para asir los piés, y el fuste para que la víctima quede como cabalgando. No usan clavos ni cuerdas para sostener á los ejecutados, sino cinco argollas que se ajustan fuertemente á las manos, piés y garganta. El juez que presidia á la ejecucion de la inicua sentencia, al ver la santa alegría del jóven mexicano, dispuso que fuese el primer sacrificado; en tal virtud, precipitadamente le arrebataron para fijarle en su respectiva cruz, como lo hicieron; pero al enarbolar el glorioso madero, pudo notarse claramente que las medidas estaban erradas, ó que aquella cruz no estaba adaptada á la estatura del invicto mártir; circunstancia que hizo mas doloroso y mas violento su suplicio. Las argollas de los piés, ni estaban á la distancia competente, ni tenian el diámetro que debieran; y de aquí fué, que cayendo el cuerpo atraído por su propia gravedad, sufrió en los brazos una dolorosa y extraordinaria tirantez; las argollas de los piés le arrollaron la piel de las espinillas hasta des-

cubrirle los huesos, y la de la garganta le oprimió con tal fuerza el cerebro y lastimó de suerte las mandíbulas, que semiestrangulado apenas pudo esclamar: ¡Jesus, Jesus, Jesus! Al escuchar el juez esta divina invocacion, mandó que alanzasen al Santo: entonces los verdugos clavaron en su inocente cuerpo tres lanzas, una en el pecho y dos por los costados, cuyas estremidades aparecieron bañadas en sangre por cerca de los hombros. Así se verificó que el último fué el primero que bebió el cáliz de la confesion de la fé; así distinguió Dios á su fiel siervo, único que sufrió el cruel martirio de las tres lanzas; así en breve consumó el Santo jóven su carrera, llenándola de méritos cual si hubiera sido muy dilatada; así, por último, el dia 5 de Febrero de 1597, para gloria de Dios, para gloria de la Iglesia católica, para gloria y honor de su querida patria, Felipe de Jesus murió, dejándonos ejemplos de valor y de fortaleza cristiana, y mereciendo como el Santo Estévan, el título de ilustre proto-mártir.

Mas de dos meses permaneció colgado en el patibulo, lo mismo que sus insignes compañeros, pues el tirano usó de este refinamiento de crueldad para aterrorizar al tierno rebaño de Nuestro Señor Jesucristo. Durante la estacion del invierno, se conservó bien el santo cuerpo; pero al entrar el verano comenzó á disolverse y á caer en pequeños fragmentos, de los que se recogieron multitud de reliquias, de las que algunas llegaron á México y se conservan en la Santa Iglesia metropolitana, donde tambien se guarda la fuente bautismal, en que fué bautizado, segun tradicionalmente se cree.

No faltaron quienes inspirados por la piedad cristiana, procurasen burlar la vigilancia de los guardas que custodiaban los sagrados restos; y venciendo di-

ficultades y superando riesgos, lograron al fin apoderarse del venerable cadáver del Santo mexicano, en una noche del mes de Abril siguiente. Estos piadosos cristianos fueron los RR. Padres agustinos Mateo de Mendoza y Diego de Guevara, que mas adelante fué obispo de Camarines. Especialmente este Illmo. prelado tuvo empeño en rescatar el cuerpo de su hijo espiritual. Ya hemos dicho que fué su confesor desde que se embarcó en Filipinas, y le tuvo siempre en tanta veneracion y aprecio, que refiere el mismo illustre obispo, que cuando el jóven y humilde corista queria reconciliarse y el prelado no podia hacerlo al momento, le decia: "*Aguarde un poco San Felipe, que en desocupándome le confesaré.*" Pues este respetable prelado y su compañero Mendoza, recogieron el santo cadáver, y encerrado en una arca decente le condujeron á Manila y le depositaron en el convento de su Orden agustiniano. Al presente se ignora donde existia.

§ IV.

Entre tanto, la fama de este insigne triunfo de la fé católica caminaba en alas de los vientos, y se difundia por el mundo; y México y la honorable familia Las Casas, que esperaban que llegase á sus playas y entrase por sus puertas un humilde franciscano descalzo, recibieron la agradable sorpresa de saber que ese pobre corista franciscano era un grande héroe, que reinaba con Dios.

La piedad de aquella época no permaneció inactiva, y sobre todo, México, de acuerdo con la corte de España, entonces muy católica, aprontó sus tesoros para sufragar cuantos gastos fuesen necesarios para entablar el proceso canónico indispensable, á fin de

obtener un dia la cumplida satisfaccion de que su illustre hijo fuese colocado en los santos altares.

Ya oficiosamente en el Japon, primero el Illmo. Sr. Martinez su obispo, y luego su sucesor el Illmo. Sr. D. Luis Sequeira, habian levantado informaciones jurídicas sobre el célebre martirio de los veintiseis confesores. Mas despues obtenidas oficialmente de la Sagrada Congregacion de Ritos las Letras remisoriales de estilo, se hicieron procesos apostólicos en la misma ciudad de Nangasaki, en Manila, en Macao, capital de China, en la Puebla de los Angeles, y en la capital de México. Recibidos en Roma estos procesos, los auditores de la Rota compilaron su relacion; y examinada y discutida en varias sesiones de la Sagrada Congregacion, obtuvo un Rescripto Pontificio de fecha 3 de Julio de 1627, en que se declaraba, que cuando Su Santidad lo creyese oportuno, podia seguramente procederse á la solemne beatificacion de los mártires, inscribiendo sus nombres en el catálogo de los Bienaventurados, y que como tales, pudiesen ser propuestos al culto público y á la veneracion de la Iglesia católica. En consecuencia, el Soberano Pontífice Urbano VIII, el dia 14 de Setiembre de 1627, treinta años despues del martirio, por un Breve que comienza: *Salvatoris et Domini Nostri*, les declaró "*Bienaventurados,*" y concedió á toda la Orden del S. Padre San Francisco, y á todos los eclesiásticos seculares y regulares del Arzobispado de Manila, que pudiesen inscribirles en sus respectivos martirologios, é invocar y rezar el oficio y celebrar la Santa Misa en honor de estos "*Bienaventurados,*" fijando su festividad en el dia 3 de Febrero, aniversario de su glorioso triunfo.

Estos altos honores bastaban ya para satisfacer las santas exigencias de la justicia y de la piedad univer-

sal; pero no llenaban cumplidamente los deseos, la devocion y los sentimientos particulares de amor de la sociedad mexicana, que en su justo entusiasmo queria mayores distinciones para su Bienaventurado compatriota. En consecuencia, la sociedad entera, y especialmente la parte de los nacidos en México, que consideraban al mártir mexicano bajo el doble y seductor aspecto de la religion y el patriotismo, comenzaron á trabajar para alcanzarle un cúmulo de honores, y para que la capital en todo tiempo se manifestase santamente orgullosa de haber sido su cuna.

Con tal motivo, se entablaron gestiones en las cortes de Roma y de Madrid, las que dieron el resultado apetecido. Dos años despues de su solemne beatificacion, fué declarado Patron de la capital y de su patria; se concedió officio y Misa propia con rito de primera clase para el Arzobispado de México, y de doble mayor para los demas obispados; y por acuerdo de ambos cabildos, se decretó que el dia 5 de Febrero fuese *in perpetuum* de guarda *politica ó afectuosa* para sola la capital, y que su festividad fuese nacional y de tabla, á la que deberian asistir en gran ceremonia las autoridades política y civil, como de hecho se practicó tanto por las autoridades españolas en la época de los vireyes, como por las mexicanas despues de alcanzada la independendencia, hasta los dias luctuosos en que el error introdujo el divorcio entre la Iglesia y el Estado.

Estas nuevas y extraordinarias distinciones se publicaron y solemnizaron en México el dia 5 de Febrero de 1629, con una pompa verdaderamente régia. En el suntuoso templo del siempre memorable y sentido convento de San Francisco, tuvo lugar una magnífica funcion, á que asistieron el Exmo. Sr. virey, marqués de Cerralvo, y el Illmo. Sr. arzobispo D.

Francisco Manso; y concluida la Misa, se ordenó una procesion majestuosa desde la iglesia dicha á la Santa Metropolitana, en la que pór primera vez las calles de México vieron la imágen de su ínclito mártir, llevada en hombros de los religiosos de su Orden, sobre unas ricas andas de plata, costeadas por el liberal gremio de los plateros, tan rico entonces, como piadoso.

El lujo que ostentó México en esta ocasion célebre, verdaderamente parece fabuloso; baste decir que los muros de las casas á cuyo frente pasó la procesion, verdaderamente estaban cubiertos de preciosos damascos y de bruñida plata.

Ademas, hubo una circunstancia especial que escedió con mucho á esta magnificencia, y que si no es la única en los fastos de la Iglesia, de seguro ha tenido muy pocos ejemplares. Aun vivia la dichosísima Sra. D.^a Antonia Martinez de Las Casas, digna madre del Bienaventurado Felipe de Jesus, y su noble presencia en todas las funciones, y las tiernas y devotas lágrimas que derramaba ante la imágen de su glorioso hijo, aumentaron el interés de las solemnidades, y contribuyeron eficazmente á que el pueblo católico lleno de recogimiento y fervor, bendijese al Señor que es admirable en sus santos. Durante la celebracion de la Misa solemne, estuvo esta señora en el presbiterio, y cantado que fué el Evangelio, tuvo lugar la tierna ceremonia de turificarle su bendito vientre. Salió despues en la procesion al lado derecho del Sr. virey.

Ahora, permítase añadir como en paréntesis, que esta dichosa madre no pudo sobrevivir muchos dias á la extraordinaria satisfaccion de haber visto colocado en los santos altares al fruto bendito de su vientre. Este gozo purísimo acabó su existencia, y veinte

días despues de esta grande solemnidad, murió con la muerte del justo, visitada y asistida en su última agonía, segun lo aseguraron testigos fidedignos, por su Bienaventurado hijo. Fué sepultada en la iglesia de San Francisco, y sus exequias suntuosísimas estuvieron honradas con la asistencia de toda la ciudad.

De su testamento tomamos algunas noticias, siendo la principal, la contenida en la siguiente cláusula, que pone fuera de duda que San Felipe de Jesus nació en la capital, héla literalmente aquí: "*Item: declaro, que fui casada y velada, segun el orden de la Santa Madre Iglesia, con el dicho Alonso de las Casas, y durante nuestro matrimonio, hubimos y procreamos, por nuestros legitimos hijos, de legitimo matrimonio, primeramente al gloriosísimo santo mártir San Felipe de Jesus y de las Casas, mártir del Japon, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, descalzo, y criollo de esta ciudad, cuya festividad se está celebrando en estos dias en esta ciudad de México, y está nombrado Patron de ella, etc.*" Igualmente declara, que fué madre legitima de otros dos venerables religiosos de la Orden de San Agustin: el uno, Fr. Juan de Las Casas, que en el año de 1607 murió mártir á manos de los indios gentiles de Filipinas á cuya conversion se consagró; y el otro, Fr. Francisco de Las Casas, que vistió el hábito y profesó en el convento principal de México el dia 4 de Octubre de 1609, y que tuvo la satisfaccion cristiana de venerar á su glorioso hermano en los altares, y de celebrar la Santa Misa en honor suyo. Murió tambien poco despues de la beatificacion de San Felipe.

México todavía quiso hacer mas en honor de su Beato Patrono. Quiso consagrarle un templo para eternizar su memoria: quiso establecer en él un culto

perpetuo para gloria de Dios, y felizmente consiguió ambos objetos. En la calle que hoy se llama de las "Capuchinas," que entonces, como ahora, era una de las mas céntricas de la ciudad; tenían unas hermosas casas D. Simon de Haro, rico mercader de platas, y su esposa D.^a Isabel de la Barrera: estos señores, inspirados de generosos sentimientos, cedieron voluntariamente sus casas para que en ellas se levantase un templo bajo la advocacion de San Felipe de Jesus, y un monasterio de pobres capuchinas. De hecho, lograron ver coronados con éxito feliz sus piadosos sentimientos: primeramente se construyó un pequeño templo, y alcanzada una real cédula para la fundacion del monasterio, se construyó tambien, trayendo de la ciudad de Toledo á las venerables seis fundadoras, que se hospedaron en el antiguo convento de la Concepcion, hasta que terminada la obra, tomaron posesion de su sagrado monasterio el dia 29 de Mayo de 1666. Mas adelante, gobernando el Arzobispado el Ilmo. Sr. D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, se dió mas amplitud, ó mejor dicho, se construyó el nuevo y hermoso templo que existió hasta el año de 1861, y que fué solemnemente dedicado el dia 11 de Junio de 1675. De esta suerte pudo México lisonjarse de haber honrado cumplidamente á su inelito hijo y Patrono; de esta suerte logró, digámoslo así, tenerle en el centro de la capital para que en sus tribulaciones le amparase; para que en la presencia del Señor estuviese siempre rogando por él, y le presentase los méritos de los sagrados y perpetuos sacrificios y de la continua oracion.

Y á la verdad, todos los que conocieron esa iglesia y ese santo convento, objeto de la veneracion y del respeto universal; todos los que visitaron ese convento enriquecido con austeras pero amables virtu-

des, que edificaban á la sociedad, pueden ser testigos de la exactitud con que se llenaron los deseos de los antiguos mexicanos; todos confesarán que el convento de capuchinas de México ejerció un saludable influjo en las costumbres públicas. Mil corazones atribulados iban á buscar alivio en sus pesares, ó comunicándoles confidencialmente á las humildes religiosas, ó derramando lágrimas abundantes sobre el pavimento de esa iglesia, que con su religioso silencio, con sus sombras mística y artísticamente calculadas, y con el reflejo severo, ó sea mas bien el suave aroma de las virtudes de las vírgenes que eran su mas precioso adorno, convidaba casi naturalmente al recogimiento y á la contemplacion. Mil pecadores, dejando allí sobre sus lágrimas la carga ominosa del crimen, salían de ese santuario aligerados y con el alma inundada en esos dulces é inefables consuelos que solo puede comunicar la religion. Por otra parte, el trato sencillo y afable de las religiosas, sus constantes buenos ejemplos, y las oraciones que todo el mundo les pedia, eran otros tantos manantiales de bienes de un orden superior. ¡Cuántas veces el eco misterioso de la pequeña esquila que en las altas y tristes horas de la noche les congregaba á la oracion, detuvo al libertino en la mitad de la carrera que ciegamente le arrastraba á perpetrar un crimen! ¡Cuántas otras el ejemplo de humildad, de abnegacion y penitencia, ó el recuerdo del sacrificio perpetuo de una púdica vírgen, habló secreta pero eficazmente al corazon de una mujer liviana, ó de una madre descuidada, ó de una jóven divertida, haciéndoles entrar dentro de sí, volver sobre sus pasos, y reformar una conducta, que hubiera sido funesta para ellas, para las familias y para la sociedad! ¡Cuántas, en fin, se hizo sensible el benéfico influjo que esas humildes vírgenes ejer-

cian en el mundo moral, con el poderoso atractivo de las virtudes prácticas del sagrado Evangelio!

México católico conocia y sabia todo esto, y por lo mismo conservó con esmero y respeto por espacio de ciento noventa y cinco años ese sagrado templo, ese edificante monasterio, ofrenda rica que en su amor habia dedicado á San Felipe de Jesus. Pero sonó la hora tremenda del poder de las tinieblas, colmóse la medida de la divina indignacion, se desencadenaron los vientos y las tempestades, y al impulso violento de una revolucion impía, vino á tierra ese templo, quedó arrasado el sacro monasterio, y las vírgenes del Señor “huyendo cual bandadas de timidas palomas, acosadas por sangriento milano,” segun se espresa un sábio publicista, aun hoy dia, despues de ocho años, no encuentran un asilo seguro, digno de sus virtudes, digno de su grande infortunio.... Así la irreligion en sola una hora acabó con las obras magnificas de los siglos cristianos! ¡Así la impiedad loca pretende siempre aniquilar todo lo que lleva impreso el noble sello de lo honesto, de lo útil, de lo santo, y aun de lo bello ideal!

§. V.

¡Hondos secretos de la Providencia! Precisamente cuando el huracan irreligioso conmovia la sociedad mexicana hasta en sus fundamentos; cuando arrancaba de cuajo los sólidos cimientos del monasterio y de la iglesia de San Felipe de Jesus, entonces Dios inspiró al Vicario de su Hijo que exaltase á su Siervo al punto mas culminante de la gloria. Parece que la Sabiduría Divina, quiso en esta memorable ocasion,

confundir una vez mas las orgullosas pretensiones del hombre.

La causa de la canonizacion del mártir mexicano habia permanecido como suspensa cerca de doscientos treinta años: y cuando su patria, ó lo que es mas exacto, cuando muchos de sus compatriotas, victimas de un frenesí doctrinario, se revelaban contra el Evangelio y quisieron relegar al olvido tanto las virtudes y méritos de San Felipe, como los deberes que respecto de él tiene la patria, entonces la Providencia Santa conmueve al mundo, como para protestar contra la conducta de México, y decir ante el cielo y la tierra: "Mirad como es honrado aquel á quien el Rey quiere honrar."

El insigne Pontífice Pio IX, despues de observar escrupulosamente todos los requisitos establecidos y todas las prescripciones de la Iglesia, para que pueda llegarse á pronunciar el fallo canónico sobre la santificacion de sus héroes, dirigió á todas las naciones católicas una Encíclica apostólica, en la que anunciaba no solo su designio de agregar al número de los santos á los veintiseis mártires del Japon, entre los cuales se hallaba San Felipe, sino que tambien convocaba á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de la cristiandad, para que reunidos en torno de su augusta persona el dia 8 de Junio de 1862, primero de la gran solemnidad de Pentecostés, contribuyesen con su autoridad, con sus luces y con sus oraciones, á dar feliz término á un negocio de tanta importancia para la gloria de Dios, y para los intereses de la fé católica.

Esas naciones, hijas de la Iglesia romana, obedecieron la voz del Supremo Pastor, y se apresuraron á contribuir con sus representantes, con su dinero y con su profundo respeto, á la solemnidad estraordi-

naria en que publicado el juicio infalible de la Iglesia, los mártires serian en lo sucesivo honrados, venerados y glorificados como "Santos."

Describir la pompa augusta de esa magna festividad seria una tarea tan difícil como prolija. Baste decir que ni el Santo Concilio de Trento tan célebre en la historia de los siglos modernos, fué tan majestuoso y concurrido. Mas de trescientos Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos de todas las naciones que habitan bajo el sol, asistidos de un crecidísimo número de presbíteros del clero secular y regular, cumplieron el sagrado deber de responder al llamamiento del Venerable Sucesor de San Pedro; y presididos por él, asistieron á los consistorios y á las funciones preliminares del grande acto.

Llegado el memorable dia de Pentecostés, 8 de Junio de 1862, y reunida esta augusta asamblea en el suntuoso templo de San Pedro, engalanado con magnificencia admirable é iluminado con tal profusion que ardieron once mil y cien cirios, el Santo Padre, despues de invocar los auxilios divinos, orando, por decirlo así, en aquel santo templo toda la Iglesia universal, proclamó la "santificación" del Beato mexicano y de sus demas gloriosos compañeros; entonó luego el conmovedor "Te Deum," que fué contestado por cuarenta mil voces, celebró despues el santo sacrificio de la Misa, y concluyó la gran ceremonia, dando su bendicion sagrada á la inmensa concurrencia que representaba á todas las naciones cristianas del globo, compuesta de reyes, príncipes, embajadores y títulos, y de todos los grados que forman la grande escala verdaderamente social.

México estuvo representado dignamente. Asistieron y contribuyeron á la gloria inmortal del hijo de la patria los Illmos. Sres. D. Pelagio Antonio de La-

bastida, Obispo de Puebla; D. Clemente de Jesus Munguia, Obispo de Michoacan; D. Pedro Espinosa, Obispo de Guadalajara; (*) D. José María Covarrubias, Obispo de Oajaca; D. Francisco de Paula Vereá, Obispo de Monterrey y D. Pedro Barajas, Obispo de San Luis Potosí. Además se hallaron presentes los siguientes Sres. presbíteros. Del clero secular: Dr. D. Salvador Zedillo, canónigo de la Metropolitana de México; D. Alonso Terán y D. Vicente Reyes, canónigos de la Iglesia de Michoacan; D. Feliciano Pérez, canónigo de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe; Dr. D. Francisco de Paula Arias, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Guadalajara; Lic. D. José María Gonzalez Esteves, promotor fiscal de la Curia eclesiástica de Guadalajara; Dr. D. Rafael Camacho y D. Enrique Parra, domiciliarios de la misma diócesis; D. José María Vera, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Monterrey, y otro eclesiástico de esa diócesis; D. Manuel Rodriguez, secretario del Illmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí; el R. Padre D. José Cacho del Oratorio de San Felipe Neri de México; y los Sres. D. Ignacio Montesdeoca y Plancarte de la diócesis de Michoacan, que solo eran subdiáconos. Del clero regular, los RR. Padres Francisco Gonzalez, misionero de Zacatecas; Antonio Castro, agustino de México; y dos carmelitas descalzos, el Padre Pablo Antonio del Niño Jesus, y su socio el Padre Felipe de la Concepcion. Varias honorables familias mexicanas asistieron también á este admirable triunfo de la religion, y en el momento sublime en que el Pon-

(*) Al año siguiente el Illmo. Sr. Labastida fué trasladado al Arzobispado de México; y los Sres. Munguia y Espinosa, nombrados Arzobispos de sus respectivas diócesis, elevadas al rango de Metropolitanas.

tífice Romano declaraba la "Santidad" del Protomártir mexicano, sin poder olvidar los crueles dolores de la patria, del fondo del corazón les salió este grito patriótico: ¡Glorioso Mártir ruega por tu México!

EL BIENAVENTURADO BARTOLOMÉ LAUREL DE LA
ORDEN DE SAN FRANCISCO.

§ I.

Poco ciertamente se sabe de la vida del bienaventurado hermano franciscano Bartolomé Laurel. No diremos que la incuria del hombre, si no mas bien que la calamidad de los tiempos, destruyendo el inmenso tesoro de apreciables documentos inéditos, es la que nos ha privado de un cúmulo de datos que podrían lisonjear y edificar á la vez, los corazones mexicanos.

Lo que sí puede asegurarse, descansando en la fé de los procesos apostólicos levantados para entablar la causa de su Beatificación, es, que fué mexicano, y nacido probablemente en nuestra Capital. Su juventud primera la empleó en el estudio de la medicina, en el que hizo notables y rápidos progresos, presintiendo quizás desde entonces, que Dios, por este medio le llamaba á ejercer el doble ministerio de la caridad, curando á un tiempo los cuerpos y las almas.

Esta convicción le hizo aplicarse seriamente á su propia santificación, y desde tierno jóven fué modelo de humildad, mortificación y amor de Dios. Pero creyendo prudentemente que en medio de las distracciones del siglo no le era fácil conservar la inocencia